

LAS EXPOSICIONES

Con la venia de nuestro querido crítico de Arte, J. Ramírez de Lucas. Me parece que ha llegado la hora, amigos míos, usuarios de las cosas del mundo, de hablar del uso que hacemos de las Exposiciones.

Yo no voy a decir de lo expuesto en las Exposiciones de Arte, porque esto no es de mi parcela en AR. —sabido es que yo no tengo parcelas de suelo sino de papel todas cuantas... El Arte de las Exposiciones es de la parcela de Juan, que resulta adecuadísima para ese tipo de cultivo.

Estos aparceramientos de la Revista de *Arquitectura* son un hecho curioso; fue el Director quien, hace años, puso estas parcelillas en nuestras muchas, menos o ninguna letras. Los beneficiados somos nuestro *pater*, don Alfonso López Quintás, don Juan Ramírez de Lucas y la usuaria del mundo que esto escribe. Y aunque todos tres tenemos nuestros títulos —nuestros Ph.D. etcétera— no los sacamos en la firma, ni en las tarjetas de visita. Tampoco somos ninguno de los tres Arquitecto. Y, sin embargo, se nos conoce en la Revista bajo la denominación de *profesionales*. No debe ser, sin duda, porque de mí pueda afirmarse que recibo los azulejos caídos con paciencia, y también sé utilizar perfectamente los ladrillos —a veces, para hacer estanterías, combinados con tablas. No; no debe ser por nada de esto. Sigue que los tres aramos nuestras correspondientes áreas de AR, con renglones rectos, en el tiempo y en el espacio señalado, incidiendo la “máquina” sin delirar. —Delirar: no saber hacer surcos rectos y alineados. Sobre todo, por la puntualidad temporal y espacial, nos llama Carlos de Miguel “profesionales”. Y me encanta.

Tres veces en mi vida he hecho cola dura por ver Arte:

En París, bajo recia lluvia, en el Jardín de las Tullerías, por ver el Legado Gachet, presentado, conjuntamente, en L'Orangerie.

En Nueva York, sin lluvia, en la acera del Museo de Arte Moderno, para ver la Exposición Antológica de Picasso, cuando su edad de él fueron tres reales de años. Picasso, yo imagino que seguirá contando en *gordas y chicas, duros y reales*, y en *sous*.

La tercera vez —la verdad de la verdad: yo no he necesitado hacer cola, porque a los *impresionistas* fui las veces apetecidas durante la primera semana y a horas astutas. Pero sí he ido a contemplar, y con auténtica fruición, la impresionante cola Impresionista. Daba gusto, esa cola, desde la alta escalinata de la Nacional. No es un espectáculo sólito entre nosotros. En París, sí. Es uso frecuentísimo tener que hacer cola hasta para entrar en el Grand Palais, donde se piensa que cabe París entero, sobre todo si para acercarse al lugar se ha tomado el *Metro*. Con todo, este Palacio de Exposiciones resulta de una capacidad ridícula cuando lo exhibido es... Picasso, Pintura Italiana del “400” o del “500”, etcétera. Lo que no solía cabrer tampoco, en ese Palacio, era mi envidia, al considerar que en París, a pie firme, bajo lluvia o bajo calor sofocante, las gentes esperan en su puesto de la cola que les llegue el turno de poder ver... Ciento —sin duda— que París es París, esto es, Europa, mucha América y toda Francia congregadas a las orillas del Sena. Sí.

Por obra *¿impresionista?* *¿Del tiempo que corre?* No tiene importancia. Lo importante es que puede decirse con alegría: iquién te ha visto y quién te ve, público de la Ciudad nuestra!

Había en Madrid árboles personales —cuidados incluso por los porteros de las *fincas*. Acacias, plátanos, castaños y muchas más glicinias en flor cuando era tiempo. Y hoy es el día que yo me siento contenta de que a cambio de... *¿de los árboles que ya no están donde estaban?* *¿O será por ventura a cambio de nuestro sereno aguante?* ... Digo que da contento haber visto la buena cola. Y ya nadie dice, ni siquiera piensa, creo yo, que quienes han ido a los *impresionistas* son pedantes, snobs, ni tampoco cursis y fatuos —adjetivos muy en desuso. Nosotros que no seríamos más de 150 entonces, hacíamos colección de adjetivos tales y otros más feos que no es bueno escribir. Los merecíamos muy merecidos por leer, por oír, por ver... cuánto estaba en la línea del horizonte, en aquel momento. Precisamente, el horizonte se hacía incitante, una vez y otra, en los

llamados *bajos de la Nacional*, o en los palacetes del Retiro, o inclusive, en alguna ocasión, en el Museo del Prado. Recuerdo muy bien una gran Exposición de Goya y las anteriores de Néstor, Julio Antonio... y la famosa de B. Palencia, con el cartel que clavó a su entrada José Bergamín, pidiendo a los visitantes —no excesivos en número— que antes de buscar la salida tratasen de entrar en la obra expuesta. Porque también en aquella ocasión, salvo los pedantuelos, los snobísimos, los cursis y fatuos de siete estrellas, nadie se decidía a ser partidario de larvas abstractas, de materiales pictóricos ocasionales como los allí presentes, en las pinturas —hoy las más codiciables— de B. Palencia.

El público capaz de hacer un sacrificio por el placer del Arte, era incomprensible para la masa pública. Ir a París, o a Italia, o a donde fuere, no por hacer “hombradas” o “pillerías”, sino por no perder el nivel —o el techo— de la cultura en sazón, parecía absurda necesidad.

Cuando he visto ahora, en los jardines de la Nacional, moverse la cola informe; cuando la cola de la Exposición de los Impresionistas Franceses ha forzado a que las horas de visita se prolongasen hasta media noche pasada; y, en fin, cuando he sabido la cifra de visitantes —150.000— ciento cincuenta mil (en letra)— he sentido la presencia presentida por Juan Ramón de la *inmensa minoría* y se me han olvidado todos los desafueros urbanos cometidos por los mejores madrileños: sólo me cabe en él alma alegre felicidad. Falta hacia que hubiese algo seguramente alegre en que reposar el sentir.

Muchas Exposiciones ha habido famosas y sonadas, antes de éstas justamente *achacables* al comisariado de Luis González Robles. No conviene olvidar la de *Carlos V*, en Santa Cruz (Toledo), que fue muy dura carga en su salud para Antonio Gallego Burín, a quien no se puede olvidar cuando se habla de Arte y buenos aciertos del mejor tacto. También es recordable la de las Litografías y cerámicas de Picasso, muy bien llevada por Fernando Chueca. Y las del Casón —Velázquez, Goya, Zurbarán, Berruguete, etcétera...

Sin embargo, a Toledo fue sólo el todo Madrid y no Madrid todo. Al Casón —poco a poco va la gente. Pero me pregunto ¿quién no ha ido, en esta ocasión, a los *bajos de la Nacional*? Y el hecho es importante, porque en ese mismo lugar, y obra de la misma persona, fue la Exposición de los Reyes Católicos. Compárese. Algo ha sucedido para que un número de personas equivalente a la población de San Sebastián —Guipúzcoa— acudiera a esta Exposición.

Luis González Robles, Comisario General de Exposiciones, ha sabido pulsar, en esta ocasión, la cuerda que convenía para la mayor cantidad de resonancia. Muchos se extrañaron de que la Exposición de *Alberto*, larga de meses, no fuera un *hit*. Pero Alberto, que ya está vivo y actual como creador de Arte en la Historia, todavía no tiene los años debidos para el éxito multitudinario. Este éxito llegará cuando ya no quedemos ninguno de los que anduvimos un día por los Cerros de Vallecas. Por añadidura, Alberto presentado ahora como no-contestatario, por una parte, y como el artista que vivió en Moscú tan largo tiempo, sin poder exponer su obra allí, en vida *¿era*, para los más, *Alberto*?

En cambio, los Impresionistas franceses están hoy, ahora mismo, en la cumbre de su cotización —cotización en todos los sentidos de la palabra:

La Literatura tira de ellos. Zola y Marcel Proust son los nombres —y muy pronto se les unirá Verlaine, creo yo. Fueron los amigos, los que escribieron sobre el Impresionismo, los que incorporaron a su obra las obras de los Impresionistas.

El Cine ha puesto a Toulouse, a Van Gogh y a Gauguin entre la realidad y el mito.

La Música sintoniza perfectamente con ellos —Debussy, Gabriel Fauré, Ravel. Y aún Stravinsky que suena a post-Impresionismo, por su parte.

Y porque los medios informativos lo han convertido en *noticia*, se lee,



se oye, se saben, las cifras que las obras de los Impresionistas en sentido lato, alcanzan en las subastas —por un Gauguin... por un Cézanne... por un Vincent... por un Renoir... por un Degas... por un Monet se paga... ¿Y qué no se pagará por un Manet? Temo que alcance cifras Goya. Temo, porque me da angustia y amargor esta desagradable mezcla de dinero y Arte. Y repito aquí el hecho escalofriante, sucedido a Degas, que como casi todos *ellos* se había comido un tiempo su propia hambre. Asistía a la subasta de una tela suya, que él había vendido por muy poco y hacía mucho. La pintura alcanzó una cifra espectacular. Y le preguntaron al Maestro que sensación sentía. Contestó que la mismísima que deben sentir los caballos ganadores del Derby, cuando ven que cobra lo que cobra el de los pantalones grises y ellos reciben un terroncito de azúcar, y dos palnadillas amistosas.

Sigo en la feliz cola. El que las razones de la actualidad Impresionista expliquen esta cola, significa que los habitantes permanentes o bien ocasionales de Madrid vamos estando *in*. Quiero decir *en* la civilización. Civilización: lugar donde se vive con cultura, con educación, con problemas evidentes, con anhelos, con metas incitantes y que ofrece espacio y ocasión para poder convivir también cimas de Arte, de inteligencia; convivencia con la creación humana noble.

Era Madrid un charcón donde apenas florecían nenúfares a lo Monet, que brindaban sus plataformas verdes sobre las que el vivir era inseguro y para pocos —para unos grupillos ya antes mencionados: nada más.

Es ahora Madrid un continuo civilizado, con sus inevitables y gravísimos "socavones" salvajes para el alma —que crean baches también para la aviación en razón de sus alturas. Y que no tienen realmente muy buena justificación, puesto que explicar razones no es justificar hechos sino señalar las llagas vitandísimas y evitables. Pero dejemos esto, porque la gran cola de la Exposición recién clausurada es causa de inmensa alegría y justificación de un posible optimismo.

Los de Madrid —la inmensa minoría que cuenta en cada siglo— parece que al fin, por fin, albricias y gracias demos, sabemos usar las Exposiciones. Usarlas, como se deben usar las cosas creadas por el Arte, a fondo, sin pausa, con amor grande de comprensión y con satisfacción sensible y mental al mismo tiempo.

Ahora, Luis González Robles diríase que ha sido galardonado con un golpe de público, como lo fue aquel marino con el perfecto golpe de mar. Pero, ahora, Luis González Robles tiene que seguir: queremos otra

Exposición. La esperamos muchísimas personas —miles y miles de personas. Está demostrado —insisto— que las Exposiciones son de uso ciudadano en nuestra Ciudad, y no quedan al margen de nuestra vida ciudadana. Sin embargo, estoy segura que no son pocos los que se alegran de este éxito, pero lamentan que no lo tengan a su vez los Museos de Madrid, y *el Museo* —único entre únicos: Museo del Prado. No voy a decir que el hecho es loable. Pero es humano dejar para mañana lo que puede hacerse cualquier día y salir a ver... ¿No corremos todos para ver bien un arco iris? Porque dura poco, porque no hemos visto tantos, porque exige un esfuerzo extraordinario que siempre es más fácil de realizar que el cotidiano. Además, yo creo que precisamente el saber usar las Exposiciones hace que sea luego más fácil llevar a las gentes a los Museos.

Una Exposición es el encuentro impredecible y, sin embargo, posible de unas obras —ellas entre sí congruentes— con nuestro tiempo vital del momento. Cuando el encuentro acontece, la Exposición triunfa. Las condiciones optimales para el encuentro debe vislumbrarlas de pálpito el encargado de inventarlas, por así decir. Y es forzoso reconocer la dificultad que entraña este invento.

No todas las Exposiciones han de ser para cualquiera y para todos de entre buenos. Conviene recordar que hay Exposiciones continuas en Madrid, que interesan a cierta clase de especializados. Y fuerza es reconocer que son muy, muy importantes, aunque no lo sepamos sino después de la Exposición ha dado fruto en los especializados, y ese fruto ha redundado en bienes grandes para nosotros. Ejemplo: las Exposiciones de EXCO. Y, de entre ellas, las de Diseño —que varias han sido ya. Porque nos abren un vivir mejor con cosas nuestras, con una sensación satisfactoria de que estamos haciendo lo que se debe hacer. Y esto que se debe hacer, es cosa probada que se puede hacer. La clave del hacer: esforzarse y tener sentido de cuanto es aprovechable.

Hagamos siempre uso, uso grande, uso constante de las Exposiciones que el tiempo nos va trayendo a la mano. Aunque sea necesario un tiempo de cola, para entrar del todo en la Exposición. (Cola, no siempre a pie. A veces, sentados en silencio meditando sobre los sentidos de las cosas. A veces, informándonos donde convenga, para llegar a entrar —a aprehender— las cosas que nos brindan las Exposiciones).

Carmen CASTRO